



gun esto, conservar las funciones que los franceses les habían confiado, se decidió, conforme al parecer del Santo Padre, que se podía estar en relaciones con los que la bula de excomunión tenía por objeto, porque no se les designaba en ella más que en términos generales, sin nombrar ninguna persona en particular. Respecto de la ejecución de la sentencia de la Iglesia, se dejaba al soberano Juez de reyes y pueblos.

Al mismo tiempo que se burlaba Napoleón de la excomunión, se opuso á la promulgación de la bula, que excitaba considerable interés en todos los países de la cristiandad, y mandó insertar en *El Monitor* una exposición de los principios de la Iglesia galicana, según los cuales se niega al papa el derecho de excomulgar á un soberano, especialmente al de Francia. Habíase retirado el Pontífice en el interior del palacio, cuyas principales entradas había hecho tabicar; mas en la noche del 5 al 6 de Julio los franceses penetraron á viva fuerza. Un profundo respeto embargó al general Radet cuando, al acercarse al Santo Padre, lo encontró vestido con sus hábitos pontificios, tranquilamente reclinado en un sillón y con los cardenales Pacca y Despuig á su lado. «Á este aspecto, dice general, sentí como calofrío, y un involuntario respeto contuvo mis pasos.» Conforme á las instrucciones que llevaba, pidió Radet que el Papa renunciase definitivamente á la soberanía temporal; pero Pío VII le contestó: «Hasta el presente nada he hecho sin haber invocado antes las luces del Espíritu Santo; prefiero morir á abdicar.» Habiéndole manifestado entonces el general que, en caso de no obtener de él aquella abdicación, tenía orden formal de conducirlo fuera de Roma, el Pontífice guardó silencio, esperando que en aquel trance no le faltarian las oraciones de la catolicidad, lo mismo que no habían faltado á San Pedro las de los primeros cristianos mientras había estado en la cárcel. Tomando en seguida su breviario, bajó las escaleras, apoyado en el mismo Radet. Habiéndole permitido el general que confiara sus objetos preciosos á quien quisiera, contestó el papa que quien tan poco se inquietaba por la vida, ménos se debería inquietar por los

tesoros de este mundo. El cardenal Pacca entró con el papa en un coche cuyas cortinas estaban echadas y las portezuelas cerradas con llave. Sin perder un instante llevaron al augustó é invencible anciano á Florencia, Turin y Grenoble, donde se recibió orden de volverlo á Savona, atravesando el Delfinado y la Provenza, despues de haberle hecho recorrer el penoso camino del Piamonte. En Valencia de Francia tuvo Pío VII el consuelo de bendecir el sepulcro de su predecesor. Entretanto el cardenal Pacca había sido separado del lado del papa y conducido á la fortaleza de Fenestrelle, situada en los Alpes que separan el Piamonte del Delfinado. En Savona, el Santo Padre, rigurosamente custodiado en la casa de la prefectura, y no pudiendo dar audiencia á nadie sino delante de un centinela de vista, rehusó todo el aparato de que se le quería rodear, y todas las comodidades de la vida que le habían dispuesto. Viviendo con poco, asiduo en la oración y esperándolo todo de Dios, declaró que nada aceptaría de la mano de aquel que había arrebatado los bienes á la Iglesia, prefiriendo vivir de las limosnas de los fieles. Con igual energía rechazó la proposición, muchas veces renovada, de renunciar al gobierno de Roma, y de ir, con una pensión de dos millones, á vivir en Paris, en el palacio arzobispal.

El día que prendieron al papa fué el de la batalla de Wagram, ganada por Napoleón. Aprovechándose el emperador de esta fortuita circunstancia, pidió por medio de una circular dirigida á los obispos de Francia, que se celebrara con una solemnidad religiosa aquel día, en que parecia que Dios había querido sancionar su conducta con el papa, favoreciendo sus armas de un modo tan evidente. Para justificar las medidas tomadas contra Pío VII, recordó á los obispos que Jesucristo, aunque de la estirpe de David, no había querido tener reino en este mundo, y al contrario, había mandado á los suyos que, en las cosas temporales, obedecieran al César y á sus leyes. En Diciembre de 1809, el emperador llamó á Paris á los cardenales que estaban aún en Roma. Mandó igualmente que se trasladaran allí los archivos de las diferentes autoridades eclesiásticas, que se



colocaron en el palacio Soubise. De entre los cardenales recién llegados, trece cayeron luego en la desgracia del emperador, que les prohibió llevar las insignias del cardenalato, y les previno que en adelante no se presentaran en público sino vestidos de negro (los cardenales encarnados y negros!), y al poco tiempo los confinó á diversas ciudades de Francia. Por entonces fué, cuando habiendo encontrado la carta en que Luis XIV revocaba el edicto relativo á las cuatro proposiciones de la Iglesia galicana de 1682, la echó al fuego diciendo: «Ese puñado de ceniza ya no turbará más nuestro reposo.» Pío VII, tan firme en su destierro como sobre su trono, rehusó, lo mismo que en Italia, la institución canónica á los obispos nombrados por Napoleón, porque en su cautiverio se hallaba privado del consejo de los cardenales. De aquí resultó que todas las sedes episcopales vacantes quedaron desocupadas, y se empezó á temer, especialmente en las provincias germánicas, que la Iglesia tuviera mucho que sufrir por la falta de pastores, y que llegaria quizás el episcopado á extinguirse en ellas. Para eludir la dificultad y evitar aquel peligro, se imaginó el singular expediente de que el papa diese á los obispos nombrados por Napoleón la institución canónica, sin hacer mención del nombramiento imperial y sin declarar que se daba de buena gana. Semejante subterfugio, de que se había hecho intérprete el cardenal Caprara, fué enérgicamente desechado por el pontífice (26 de Agosto de 1809). Una vez abortado este proyecto, Napoleón, convertido en teólogo, á semejanza de los emperadores de Oriente, creó, bajo la presidencia del cardenal Fesch (16 de Noviembre), una comisión eclesiástica que aumentó extraordinariamente la confusión. Propuso, á insinuación del cardenal Maury, al presentar su respuesta á las preguntas que se le habían dirigido, poner en práctica alguno de los artículos orgánicos, en particular el XXXVI, relativo á la autoridad permanente de los vicarios generales durante la vacante de las sillas episcopales, artículo contrario al concilio de Trento. Consintió en ello Napoleón, sobre todo cuando vió que semejante medida le proporcionaba el medio de inutilizar el derecho del

Papa, y de establecer, sin necesidad de la institución canónica, en la administración de las diócesis los preladados que él hubiere nombrado para el episcopado. En efecto, á la muerte del arzobispo de Paris, designó para sucederle á Maury, que se prestó á las miras del emperador; se hizo elegir vicario general y administrador de la diócesis por el cabildo metropolitano, y tomó posesión de la diócesis en esta calidad. Lo mismo sucedió en Florencia. El cardenal Maury mismo participó al papa su nombramiento; mas éste le dirigió, así como á la catedral de Florencia, un breve concebido en términos graves y dignos, que recordaba que el segundo concilio ecúmenico de Lyon, el de Trento y muchas bulas pontificias prohibían elegir vicario capitular al que fuera electo para obispo. Al saber el emperador esta protesta, se puso fuera de sí, y resolvió hacer sentir al papa los efectos de su cólera. Se le quitaron todos los libros y papeles que tenía, y hasta las plumas y el papel, y el prefecto de Montenegro le notificó la prohibición de comunicarse con ninguna iglesia ni con ningún súbdito del emperador, so pena de ser tratados él, la iglesia y el súbdito, como culpables de rebeldía contra el emperador. Era preciso, en fin, decían, que el que predicaba la rebelión y cuya alma estaba llena de hiel, dejase de ser el órgano de la Iglesia. Napoleón se creyó bastante fuerte para ejecutar lo que no habían osado sus predecesores y para deponer á un papa. Sin dejarse intimidar Pío VII por estas amenazas, contestó: «Pondré estas amenazas al pié de la cruz, y dejaré á Dios el cuidado de vengar mi causa, que es la suya.» Viendo el emperador que se iban á comprometer su propia dignidad y la paz de sus Estados, si no conseguía restablecer el orden en los asuntos eclesiásticos, tan desventuradamente conturbados con actos violentos é irreflexivos, creó un nuevo consejo eclesiástico (Marzo de 1811), al cual hizo las siguientes preguntas:

1.ª ¿Á quién hay que dirigirse para obtener las dispensas necesarias, cuando haya cesado toda comunicación entre los súbditos del emperador y el Papa?

2.ª ¿Cuál es el medio legal de procurar la



institucion canónica á los obispos nombrados por el emperador cuando el Papa se niega á expedir las bulas necesarias?

El consejo eclesiástico, en vez de manifestar al emperador que no podia terminar los desórdenes originados del rompimiento de las comunicaciones, sino poniendo al papa en libertad, distinguió entre las leyes generales y las especiales de la Iglesia, y declaró que, respecto de las primeras, no existia ningun medio de obtener las dispensas en cuestion; y en cuanto á las segundas, aseguró que los fieles podian dirigirse á sus obispos. Por lo que hace á la segunda pregunta, reprobó la conducta del papa, y propuso que se añadiera al concordato de 1801 una cláusula por la cual se obligara al pontífice á dar siempre la institucion dentro de un plazo determinado. En caso de negativa, se proponia convocar un concilio nacional, despues de haber hecho conocer al Papa, por medio de una diputacion, la situacion de las cosas. Reunió el emperador á los cardenales y obispos del consejo eclesiástico, y á los consejeros de Estado y dignatarios de la corona, y pronunció un violento discurso contra el Santo Padre. Sólo el abate Emery tuvo valor para declarar abiertamente que el concilio, cuya convocacion proyectaba el emperador, no tendria ninguna autoridad, si estaba separado del papa ó era desaprobado por él. Pareció que el emperador no se ofendia de esta franqueza; sin embargo, por medio de una circular concebida en el estilo imperativo y lacónico con que hablaba á sus soldados, convocó en Paris (25 de Abril de 1811) un concilio nacional, compuesto de todos los obispos franceses é italianos. Se mandó al mismo tiempo que fuera una diputacion de obispos á Savona, para declarar al papa que el emperador queria renovar el concordato de 1801 con la condicion que el Papa concederia á los obispos ya nombrados la institucion canónica, y consentiria en la adiccion de una cláusula concebida en estos términos: «Si dentro de tres meses el Papa no ha expedido la bula de institucion canónica, podrá el metropolitano darla á su obispo sufragáneo, y *vice versa*» que por lo demas el papa podria volver á Roma si consentia en prestar el juramento de fidelidad y

obediencia al emperador, prescrito á los obispos por el concordato; y que si se negase á ello, residiria en Aviñon con una renta de dos millones, seria tratado como un soberano, tendria cerca de sí embajadores de todas las potencias cristianas, y ejerceria sin obstáculo su jurisdiccion espiritual; pero que en todo caso estaria obligado á declarar que nada maquinaria contra las cuatro proposiciones de la Iglesia galicana. Habiendo presentado los obispos al Santo Padre un cuadro horroroso de los males que podrian originarse de su negativa, prometió, al fin, dar la institucion canónica á los obispos nombrados por Napoleon, extender á las iglesias de Toscana, Parma y Placencia el concordato de 1801, y añadir en él la cláusula pedida, extendiendo, empero, á seis meses el término para la institucion, y añadiéndole estas palabras: «si el papa se niega á darla por cualquier motivo que no sea la indignidad personal del individuo.» Aprovechándose los obispos de aquel instante de debilidad, redactaron la promesa delante del papa, que la reconoció como emanada de sí, pero sin firmarla. Gozosos los prelados se volvieron á Paris, y Pío VII siguió en Savona, entregado á la más amarga tristeza. Declaró, empero, que los artículos en que se habian convenido no eran ni un tratado, ni un preliminar de tratado, y que no se debía ver en ellos más que una prueba de su celo por restablecer la concordia.

El dia 17 de Junio del mismo año, el cardenal Fesch abrió solemnemente el concilio en Paris, segun el rito ordinario. El abate de Boulogne obispo de Troyes, pronunció un discurso, encaminado á demostrar el influjo de la religion católica en el órden social y la prosperidad de los Estados. Despues de la misa del Espíritu Santo, se leyó el símbolo, y todos prestaron el juramento de fidelidad al papa. El mensaje dirigido por Napoleon al concilio ofrecia una singular contradiccion con este juramento, y los debates para la respuesta á la comunicacion del emperador promovieron largas y graves disensiones. Algunos prelados pedian que ante todo se le pidiese pusiera al papa en libertad. Gaspar Maximiliano, baron de Droste-Vischering, obispo sufragáneo de Munster fué el pri-



mero que formuló esta proposicion, la cual apoyaron el obispo de Chambery, Ireneo de Solly, y el arzobispo de Turin: los prelados cortezanos la combatieron, porque habia de disgustar, segun ellos decian, al emperador; pero á su vez fueron enérgicamente impugnados cuando en la sesion del 27 de Junio, quisieron que en la respuesta se hiciera mérito de la institucion canónica y de los cuatro artículos del clero galicano. Como no pudieron conseguir entenderse, la respuesta, en lugar de ir firmada por todos los obispos, no lo fué más que por el presidente y el secretario. Disgustado Napoleon, no quiso recibir ni la respuesta ni á la diputacion del 30 de Junio, encargada de presentársela. Despues de estas discusiones preliminares, debia pasar el concilio al objeto principal de su convocacion, y examinar por qué medios se podrian suplir las bulas pontificias relativas á la institucion canónica de los obispos. La comision preparatoria, reunida en casa del cardenal Fesch, decidió desde luego, por mayoría de votos, que el concilio era incompetente para suplir aquellas bulas, aun provisionalmente y en caso de urgencia. La comision dió su dictamen en la sesion del 10 de Julio, y refirió los motivos que la habian decidido á pronunciarse por la incompetencia del concilio. Los obispos adictos al emperador lo impugnaron, y se refirieron para ello á las concesiones hechas por el papa en Savona; mas estaban en minoría, y no pudieron hacer prevalecer su opinion, sobre todo porque faltaba la firma del Santo Padre en la promesa que se le habia arrancado. Disponíase ya, en consecuencia, la Asamblea á proclamar solemnemente la incompetencia del concilio, cuando el presidente levantó la sesion. Informado Napoleon de lo que estaba pasando, suspendió la Asamblea, y mandó encerrar en la torre del castillo de Vincennes á los obispos de Troyes, de Tournay y de Gante, que habian sostenido la incompetencia del concilio en el seno de la comision. En el primer momento de su mal humor y viendo fracasar sus proyectos, exclamó: «Pasé por un abismo sin apercibirlo; la mayor falta que jamás he cometido ha sido el concordato.»

Sin embargo, antes de reunir de nuevo el

concilio, quiso el emperador asegurarse de las disposiciones de sus miembros. El ministro de los Cultos, Bigot de Préameneu, se dirigió á cada obispo en particular, para disponerlo convenientemente, por medio de promesas, de halagos, de amenazas ó de reprensiones. Llegó, en efecto, á obtener de la mayor parte de ellos la firma del proyectado decreto, aunque muchos no suscribieron sino condicionalmente, y catorce de los más animosos se negaron absolutamente á ello. Acabadas todas estas maniobras, se convocó á los obispos para una sesion general (5 de Agosto), en la que se leyó y fué adoptado un decreto basado en las condiciones de Savona. Una diputacion de cardenales y obispos, que se habian comprometido en Paris á secundar las miras del gobierno, fué á ver al Santo Padre y le arrancó, al fin, un breve (20 de Setiembre) por el que aprobaba el decreto del concilio, con la condicion, empero, de que al dar el metropolitano la institucion canónica, deberia conferirla siempre en nombre del papa, y estaria obligado á trasmitir á éste todos los documentos auténticos. Se obtuvo del papa al mismo tiempo la expedicion de las bulas de institucion para muchos obispos. Estos resultados, llamados entonces felices, fueron trasmitidos á Paris por el telégrafo; mas Napoleon no participó de la alegría de los prelados. Devolvió el breve y no quiso hacer uso de las bulas de institucion, con gran sentimiento del abate de Pradt que, cuando se expidieron, habia tenido buen cuidado de no olvidarse de su arzobispado de Malinas. Cuatro individuos de la diputacion episcopal recibieron en Turin órden de volver á Savona, para decidir al papa á acceder á las peticiones del emperador; pero Pío VII se negó á ello con una constancia invencible, aun despues que el prefecto de Montenothe le hubo declarado, en nombre de Napoleon, que, no habiendo obtenido el breve del 20 de Setiembre la sancion imperial, el emperador consideraba el concordato como revocado y que el papa no podria ya en adelante intervenir en la institucion canónica. Los obispos reunidos en Paris fueron, sin más cumplimiento, despedidos por el ministro de Cultos (20 de Octubre), y aquel concilio, inaugurado



con tanta pompa y tanto ruido, acabó súbitamente, sin que ningún acto religioso ó solemne acompañara su conclusion.

Después de muchos meses de penosa expectativa, fué obligado de repente el Santo Padre (9 de Junio de 1812) á prepararse para ir á Francia, exigiéndole que dejara sus vestidos pontificios, á fin de emprender el viaje bajo el más riguroso incógnito. Después de un largo y penoso camino, durante las más calurosas horas del día, llegaron, en fin, á la hospedería de los Cistercienses, en el monte Cenís. El piadoso anciano cayó en él tan gravemente enfermo, que los oficiales que lo escoltaban mandaron á pedir á Turin nuevas instrucciones. Se les contestó que siguieran cumpliendo con las que tenían; y el papa, á pesar de haber recibido aquella misma mañana los últimos Sacramentos (14 de Junio), se vió obligado á ponerse otra vez en camino durante la noche, y á seguir sin descanso hasta Fontainebleau (20 de Junio), adonde llegó en un estado tan alarmante, que tuvo que guardar cama por espacio de muchos meses. Los cardenales encarnados y algunos obispos bien mirados en la córte del emperador consiguieron permiso para visitar al Santo Padre, esforzándose en intimidarlo con la pintura del triste estado de la Iglesia, los peligros de un cisma interminable y las intrigas urdidas por las sectas filósóficas, y procurando conmoverlo por medio del cuadro del duro cautiverio en que gemian tantos cardenales y prelados. Entretanto Napoleon habia vuelto de su desgraciada campaña de Rusia, y mostraba prisa por hacer con el Santo Padre una reconciliacion verdadera ó simulada; pues empezaba á comprender que el número de los católicos era mayor de lo que se creía; que sus querellas con el papa y el indigno trato que le habia dado le enajenaban las simpatías de una parte de sus súbditos, y que, además, los soberanos extranjeros se estaban aprovechando de aquellas circunstancias, para sublevar á los pueblos contra la dominacion francesa. El día 1.º de Enero de 1813, Napoleon hizo cumplimentar al papa por sus chambelanes, y mandó preguntar por su salud. Para corresponder á los cumplimientos del emperador envió el papa

á Paris al cardenal Doria, con quien se convino reanudar las relaciones. Cuando los negociadores vieron que el Santo Padre se hallaba, no solamente ablandado, sino dispuesto á aceptar lo que se habia ofrecido, quisieron dejar toda la gloria al emperador, que se presentó inopinadamente en Fontainebleau con la emperatriz, y permaneció por espacio de cinco dias en conferencias con él. En un momento de arrebato, llevó el emperador el desprecio y la irreverencia para con el papa hasta el punto de echarle en cara que no estaba bastante versado en las materias eclesiásticas. En fin, las negociaciones terminaron por los desdichados *artículos preliminares* de un concordato, firmados el día 25 de Junio. Prometia el papa dar, dentro de un término de seis meses, la institucion canónica á los obispos nombrados por el emperador, en cuyo defecto, el metropolitano, ó, si no le habia, el obispo más antiguo de la provincia tendria derecho para concederla. En cambio se concedia al papa el nombramiento de seis obispos en Francia ó en Italia. Debian restablecerse los seis obispados suburbicarios y ser del nombramiento del pontífice. Debia restituirse lo que aún quedaba de la dotacion, y tomarse medidas para recobrar los bienes ya vendidos. Los dominios de la Santa Sede hasta entonces no enajenados, debian ser administrados por el mandatario del papa; los que se habian vendido ya, serian reemplazados hasta formar una renta de dos millones de francos; en fin, los cardenales, obispos ó legos, que durante el curso de los sucesos habian caido en la desgracia del emperador, debian volver á ser reintegrados en su gracia.

Al firmar Pío VII, en un momento de debilidad, estos artículos, se habia reservado no promulgar el concordato hasta después de haber discutido sus varios puntos en un consistorio secreto, conforme á las constituciones de la Iglesia. Pero Napoleon llamó á esos artículos preliminares *el concordato de Fontainebleau*, y mandó que se promulgase en seguida en todo el imperio, y se cantase el «*Te Deum*» en todas las iglesias. Después de haberse marchado el emperador, cayó en seguida Pío en una pro-



funda melancolía. El primero de los cardenales puestos en libertad y con quien pudo desahogarse, monseñor di Pietro, llamó su atencion sobre las desastrosas consecuencias que tendria para la Iglesia un concordato extendido sobre semejantes bases. Pacca y los demas cardenales que se iban presentando fueron de la misma opinion, y pidieron que Pío VII revocara, en una carta dirigida á Napoleon, aquellos artículos preliminares, declarándolos nulos y como no existentes. El cardenal Consalvi propuso al papa este medio indicado por el Sacro colegio, y el santo padre, obligado á reconocer que se le habia conducido á cosas impracticables, dió su aprobacion. Hubo necesidad de sostener una penosa lucha para decidir á Pío VII á redactar él mismo el proyecto de esta carta para siempre memorable, y á escribirla de su propio puño al emperador; y la envió al coronel Lagorse para que se la trasmitiese inmediatamente (24 de Marzo). Se dió copia de la carta á todos los cardenales que se hallaban presentes. Desde que supo Napoleon que el papa, después de su conversacion con monseñor di Pietro, se mostraba decidido á revocar los artículos preliminares, promulgó á toda prisa el concordato como ley del Estado, y en el momento que recibió la carta del santo padre, dió un decreto que declaraba el concordato obligatorio para todos los arzobispos, obispos y cabildos del imperio. El cardenal di Pietro fué preso y conducido á Auxonne, después de habersele privado de las insignias de su dignidad (13 de Abril). Se encargó á los cardenales Consalvi y Pacca, por medio del coronel Lagorse, que dijeran al papa, que el motivo de la pena que se habia impuesto á monseñor di Pietro era su evidente hostilidad contra el Estado.

Ignorando algunos cardenales los grandes acontecimientos políticos que se estaban preparando á la sazón, iban ellos mismos elaborando una bula relativa á la futura organizacion del cónclave. Pero después del fatal año

de 1813 sintió el emperador más que nunca a necesidad de poner término á sus deplorables disidencias con la Santa Sede. Ofreció pues, al papa que se volviera á Roma, restituyéndole todo lo que el último decreto imperial habia dejado subsistir de los Estados pontificios. Pío VII se negó á volver á tomar el patrimonio de San Pedro, á ménos que se le restituyera en toda su integridad (21 de Enero de 1814). En seguida recibió orden de marchar. Antes de emprender el viaje dirigió una tierna allocucion á los cardenales, dejando sus instrucciones á Mattei, decano de ellos. Ningun cardenal pudo acompañar al santo padre, que atravesó la Francia en medio de los más afectuosos testimonios de respeto, y volvió á entrar en Savona el día 11 de Febrero. Después fueron partiendo sucesivamente todos los cardenales, acompañados de un oficial de la gendarmería, y fueron dispersados por diferentes ciudades del imperio. Toda la Italia se habia perdido, y la mitad de la Francia estaba ocupada por el enemigo. Napoleon devolvió al papa los departamentos de Roma y de Trasimena (10 de Marzo) y envió á Savona la orden de ponerlo en libertad. El santo padre llegó el 25 de Marzo á las orillas del Tarno, donde fué entregado á las potencias aliadas contra la Francia. El 31 de Marzo, día de la entrada de los aliados en Paris, llegó Pío VII á Bolonia. Todos los que habian sido presos por la causa de la religion fueron desde luego puestos en libertad. Consalvi felicitó en Cesena al santo padre, que le dió una nueva prueba de su confianza nombrándolo por segunda vez secretario de Estado. En fin, el 24 de Marzo de 1814, Pío VII, probado por medio de tan crueles adversidades, entró en Roma en medio de las fiestas más solemnes y de las alegres aclamaciones de su pueblo. El año siguiente, el congreso de Viena le devolvió las marcas y legaciones que el tratado de Tolentino le habia hecho perder.